

vicios del hombre, la venganza. ¿Cómo en este caso, dice Pfeiderer con extraño sentimiento de piedad, puede exigirse al hombre que no vuelva mal por mal? ¿Cómo puede presentarse á ese Dios como prototipo de moralidad». (1)

Pero ¿desde cuándo se da el nombre de venganza á los actos con que el príncipe impide á sus subordinados cometer impunemente crímenes, y á los criminales maltratar á los hombres de bien? ¿Quién, pues, será un modelo de moral, el que vigila por la justicia, empleando la bondad cuando es posible, y, cuando no basta, la severidad, la energía, la inflexibilidad, ó un panegirista de la virtud como Marco Aurelio, el estoico imperial, que escribe libros acerca de la justicia, sin perjuicio de pisotearlos como padre y como príncipe, sea porque no les da importancia alguna, sea porque no quiere perder su tranquilidad y el aura popular?

¿De quién procede el castigo? Seguramente no de Dios, que jamás causa la pérdida de nadie, sino más bien del pecador. Esta es la causa de su mismo mal; Dios no hace más que abandonarle á las consecuencias de sus propios actos. (2) En el orden moral, nadie sufre más perjuicio que el que á sí propio se causa. (3) El malvado queda ligado con los lazos de sus propios crímenes. (4)

Con esto no queremos decir como Scot Erígena, (5) que sea únicamente el hombre quien ejecute su propio castigo, y no Dios en el pecador. Dios espera sin duda largo tiempo, porque no es la venganza, sino el amor quien le guía cuando castiga, (6) y con frecuencia lo difiere tanto, que la audacia y la maldad del hombre se aprovechan de ello para disputarle la sanción; pero al fin aplica el castigo, como que es la verdad y la justicia. Únicamente la injusticia puede pretender que Dios no la castigue, que se haga se-

(1) Pfeiderer, *Die religion*, I, 327 y sig.

(2) S. Agustín, *In ps. 5, en. 10; In ps. 17, en. 26.*

(3) Crisóstom., *In Matth. hom.*, 22 (23), 5; h. 51 (52), 6.

(4) Prov., V, 22.

(5) Erígena, *Predest.*, 16, 1 y sig.

(6) Véase á cerca de esto á Plutarco, *De sera numinis vindicta*, 5.

mejante á ella, que sea también injusto, en una palabra, que deje de ser Dios: (1) de no haber castigo para el mal, no habría un Dios justo, y si no hay Dios justo, no hay un Dios.

Además, donde no hay castigo para el desorden, está arruinado todo orden, y la vida es peor que en el infierno. En éste, al menos, no son los buenos atormentados por los malos, ni tienen estos ilimitada libertad. Lo horrible del infierno es que todo orden del bien está destruído (2) y que, no obstante, existe allí un orden, sin lo cual no sería posible el infierno; y es el orden en el castigo. En la tierra, si Dios no procediese como vengador, aquel orden también faltaría, pues el castigo no es otra cosa que el orden. Si la fealdad del pecado consiste en que perturba las vías de Dios, debe suprimirse eso, bien por un retorno voluntario, ó por forzada sumisión al orden violado. (3)

Así, la justicia vengadora de Dios no es más que la restauración de sus designios y de la belleza del mundo, turbada por el pecado. Dios no permite que sea destruída su obra, y si todo el mundo la abandona, él no la abandonará nunca mientras el hombre y la humanidad sean dignos y capaces de una tentativa de salvación. El castigo es, por lo tanto, precisamente una prueba de que Dios no se ha perdido, ni abandonó el mundo á consecuencia del pecado.

6. Concordancia entre la felicidad del hombre y el honor de Dios: los castigos que envía son para bien del mundo.—Pero, como dice la Sagrada Escritura, las vías de Dios son la misericordia y la verdad unidas en asociación inseparable. (4) El pecador que en frente de Dios quisiera probar su fuerza, sin que debiese aquél hacer uso de la suya, se complace en la idea de que, cuando Dios castiga, lo hace únicamente para mostrar su poder, tanto si

(1) Petr. Blesens *Sermo 11 de Quadrages.*

(2) Job., X, do.

(3) S. Agustín, *De agon. Christ.*, 7; *De libr. arbit.*, 3, 15, 44; *De musica*; 6, 14, 46; *Ep.*, 140, 2, 4.

(4) *Psalm. XXIV*, 10.

nos conviene como si no. Pero este concepto no sólo es pérfido hasta la impiedad, sino absolutamente falso; como que separa atributos de Dios inseparablemente unidos; su amor y su justicia, ⁽¹⁾ llegando hasta poner en oposición el uno con el otro; lo que equivaldría á la destrucción y disolución de la esencia divina; sería atribuir á Dios la contradicción que el pecado ha producido en el hombre.

Cuando Dios creó á los hombres, unió—nos expresamos á la manera humana—íntimamente su suerte con la nuestra. Á la pregunta de por qué vivimos, se nos responde siempre diciendo unas veces que para promover el honor de Dios, y otras que para encontrar nuestra felicidad. Son ciertas las dos cosas, y verdaderamente una misma. Dios unió estrechamente el fin que se propuso al crearnos y el fin que nos determinó; no quiere de nosotros un honor que no nos haga felices á la vez que le glorifique, y jamás encontraremos nuestra felicidad fuera de la glorificación de Dios. Confiando su honor á nuestra libertad, unió al mismo tiempo nuestra felicidad á su honor; y precisamente lo que se llama orden moral del mundo es aquella unión de nuestra actividad con la voluntad divina. ⁽²⁾

Consecuencia de esto es que toda perturbación en los designios de Dios introduce la confusión en el mundo y perjudica nuestra propia felicidad; luego si Dios debe hacer seriamente que prevalezca su poder supremo contra la necia presunción de las criaturas, salva con eso su propio honor, pero también la bondad del todo, incluso la ventaja de los pecadores si son corregibles. La severidad de Dios es la salvación del mundo, porque su justicia es su amor, su cólera, auxilio misericordioso, su castigo, acto de sabiduría para salvar el perturbado orden del mundo de las consecuencias naturales de la humana locura.

7. Lo trágico en el Humanismo.—Ese pensamiento sublime, en que se funda la esperanza de ser libertado del pecado, desapareció del mundo, como castigo de su persis-

(1) Sto. Tomás, 1, q. 21, a. 4.

(2) Sto. Tomás, 1, q. 21, a. 4.

tencia en separarse de Dios. Así lo vemos en la tragedia antigua; no hay duda en que la salvaguardia del orden moral en el mundo fué el pensamiento fundamental de la tragedia; pero la realización de esa idea fué siempre defectuosa en aquella época. La tragedia debe representar la lucha que el hombre ha de sostener para encontrar la justa relación con los designios de Dios. Fácilmente se comprenderá que el Humanismo no pudo jamás llevar á cabo esa empresa, y esto por dos motivos. Le falta desde luego el exacto concepto de la libertad humana. Entre los antiguos nadie podía considerarse á sí mismo ó considerar á los demás como interiormente libres, es decir, como personalidades autónomas, como centros de una actividad moral propia. El derecho y hasta la obligación de prescindir de la opinión pública y de la tradición, obrando únicamente por convicción de la propia conciencia, les parecía alta traición al Estado y al bien común; pero si en este concepto restringían la voluntad humana, le atribuían en cambio más por otro lado, reconociéndole, respecto á la voluntad divina, una independencia completa, ó cuando menos un derecho de resistencia ilimitado.

De igual manera les faltaba, en segundo lugar, la verdadera idea de la naturaleza y de la voluntad divinas; ó bien negaban á Dios la justicia completa, ó bien le reconocían una justicia obrando por influencia de la envidia ó de la pérfida venganza, una justicia amarga, implacable, que no conoce límites en el castigo y excede á la gravedad de la falta cometida. En resumen, cuando admitían en Dios la justicia, no teniendo un Dios santo, no era tampoco santa la justicia; ni podían siquiera concebir una cooperación ó una caritativa unión entre los actos humanos y la voluntad divina.

Por eso era inevitable que fuese tan exclusiva como lo era la idea que tenían de lo trágico; ó bien lo encuentran en la lucha de la debilidad atrevida—indudablemente reconocían también que el pecado era debilidad, y no ejercicio de la voluntad libre,—es decir, la lucha de un rebelde im-

potente contra la necesidad del inflexible destino, ó bien lo ponen en la completa derrota de la insignificancia humana por una fuerza superior que, en su rabia, la destruye sin consideración y sin piedad. Los héroes de su tragedia se defienden como furiosos, ya contra el orden moral del mundo, ya contra el castigo merecido del cual procuran que participe el mayor número posible de compañeros. Después, como quien se suicida, perecen víctimas del destino, de cuya justicia no pueden convencerse, y al que sólo pueden oponer una arrogancia inflexible. Pero la antigüedad no podía, ni todavía puede hoy el Humanismo, representar la vida humana y la historia universal de otro modo que en contradicción con el orden del mundo, por no decir con una furia animal, en que pretenden hallar la fuerza del hombre.

Esto explica por qué los soberbios dramas de Esquilo y hasta los de Sófocles, aunque provocan nuestra admiración, no nos satisfacen por completo. Hemos dicho ya por qué las obras de los autores modernos, formados en la escuela de los antiguos, dejan en nosotros un sentimiento de disgusto aún más triste. ⁽¹⁾ Jamás debe buscarse el último límite del progreso humano en la rebelión contra Dios, y en su consecuencia necesaria, el aniquilamiento completo de la criatura; pero es el único desenlace que la antigüedad y el Humanismo conocen, hasta el punto de que no sabría el mundo concebir lo trágico de otro modo.

Así se explica por qué la Edad Media cristiana, que también consagró su atención á este asunto, parece haber considerado casi con desconfianza el nombre de trágico. ⁽²⁾ Si todos, pensaba el Dante, ven lo trágico en que la humanidad pecadora se separe de Dios, le ultraje durante algún tiempo, y sea por fin abandonada por él á su propia miseria, de que es causante ella misma, en el abismo donde se arrojó; entonces prefiero evitar hasta el nombre de tragedia. Por eso llamó comedia á su grandiosa epopeya,

(1) V. *supra*. Conf. XIV.

(2) Juan Saresberiensis, *Polycraticus*, 3, 8.

porque veía con su penetrante mirada que no son únicamente los buenos, sino también los malos, quienes al término de la vida secundan y facilitan los designios de Dios. La sabiduría de Dios triunfa siempre de toda malicia, y su poder de toda rebelión. Aunque miles de años griten con acuerdo unánime: «¡Rechacemos su yugo!», no impide eso que las palabras: «El que está en el cielo se burla de ellos», ⁽¹⁾ sean eternamente verdaderas.

Por eso no podemos censurar al poeta si llamó comedia á su obra inmortal; sin embargo, su fin y su contenido son demasiado serios y sublimes para aquel título; habría bastado que la llamase tragedia para dejar resuelta la cuestión que surgió algunos siglos después de él, y que todavía dura, pues no ha sido resuelta aún, respecto al verdadero concepto de lo trágico.

8. En el Cristianismo.—Desde el tiempo de Shakespeare, los poetas y los autores de artes poéticas han sentido y sienten la necesidad de encontrar un concepto más profundo de lo trágico, y aquí también vemos la impotencia de la civilización separada del Cristianismo. ¡Por cuánto tiempo y cuántas veces pensadores ilustres y poetas de talento trataron sin resultado alguno de resolver esta cuestión! ¡Y, sin embargo, qué fácil es, si se acepta sin restricciones y seriamente el pensamiento cristiano! Donde, como en el paganismo, señorea á la humanidad, y aun á la divinidad misma más ó menos impotente, un hado rígido, impersonal, puede intrincarse el nudo, y cortarse, pero no podrá ser deshecho de un modo natural.

Otra cosa ocurre cuando un solo legislador, omnipotente director del Universo, juez incorruptible, al propio tiempo que la misericordia misma, es el remunerador y, en una sola persona, padre también, modelo de santidad y auxiliador para alcanzar la perfección.

Por otra parte sabemos que el hombre es un ser libre, responsable de todos sus actos, y capaz, no obstante las influencias terrenales, á veces muy apremiantes, de deter-

(1) Psalm. II, 4.

minarse por el bien ó por el mal. Una de las principales conquistas, que mediante el Cristianismo hemos hecho y en que aventajamos á la antigüedad, es haber aprendido á considerar cada disonancia en nuestra vida moral y cada castigo como justa consecuencia de nuestra culpable separación de la voluntad divina; y, por el contrario, considerar que nuestra dignidad y nuestra perfección, nuestra libertad y felicidad, la realización de nuestro fin, el perfeccionamiento de la humanidad, dependen de que procuremos el honor de Dios y de estar libre y amorosamente unidos al orden divino.

Conocido todo eso, el concepto de lo trágico fué ya mucho más vasto y sublime que podía serlo en la antigüedad. En aquella época, lo más grandioso que el espíritu humano podía concebir era una lucha entre Dios y el hombre. La sumisión á Dios se dejaba cuando más á los necios ó á los débiles; los mejores no podían representarse las relaciones entre la divinidad y los hombres de valer más que como una guerra á muerte; y así como era inevitable la lucha, así también el resultado no podía ser otro que el rendirse en absoluto ó el exterminio. Verdaderamente es un modo terrible de concebir la vida, digna del Humanismo y de las ideas paganas.

¡Cuán diferente se presenta el mundo á la luz del Evangelio! Á la desunión irreconciliable sustituyó la posibilidad de un acuerdo; en vez de una lucha desesperada y del aniquilamiento inevitable, hemos conseguido la esperanza de vencer. Verdad es que la lucha quedará siendo después como antes el nudo del pensamiento trágico; pero ¿cómo cambió la naturaleza de aquella lucha! En el gentilismo, la lucha contra el orden del mundo se consideraba casi como un derecho sagrado de la humanidad. ¡Pensamiento horrible, concebir al hombre según la naturaleza y el derecho como un rebelde contra Dios! Pero más horrible aun es que el hombre crea deber rebelarse teniendo conciencia clara de su impotencia, que hace inevitable la derrota. Así la historia universal se convierte en lucha de temeridad

insensata en que el hombre, «excitado hasta la desesperación por la audacia, dirige sus esfuerzos á la destrucción y el aniquilamiento como si aquéllos fuesen el único objeto de su vida». ⁽¹⁾ En el Cristianismo, por el contrario, la historia de la humanidad aparece también como una guerra, es verdad; pero una guerra de esclavos se convierte en una guerra santa, la rebelión se convierte en cruzada. No se trata ya de una guerra contra Dios y su santa ley, sino contra el mal y en defensa del orden divino; combate en que el espíritu, eligiendo libremente, en vez de ser un rebelde, se alista como soldado de Dios y compañero de armas del Eterno.

Siempre será, pues, de esencia en la tragedia la lucha del mal con el bien; el mundo del mal haciendo la guerra al mundo moral. Pero ¿quién nos dice que debemos ser eternamente hostiles á Dios? ¿Deben acabar en disonancia el mundo y la vida que empezaron en disonancia también? ¿Consistirá la belleza en que lo feo triunfe y reine en el mundo? ¿Por qué, pues, lo bello trágico debe sólo constituir, como se dice de continuo, la prueba de la nulidad del mundo contra el orden cósmico por Dios establecido?

Conocemos algo que es mejor, gracias á Dios. El mundo y los hombres no han de ser siempre menospreciados, pues muy bien pueden existir honrosamente. El orden moral quedará en todo caso garantido, y siempre terminará la historia de un modo satisfactorio. Ya se sujete el hombre á la benigna providencia de Dios, ya sucumba á la justicia divina ultrajada, siempre acabarán por triunfar la verdad, el derecho, la belleza. Pero ¿qué honor para el hombre si al servicio del Señor mantiene la lucha contra el horrible monstruo que se llama poder del pecado! No lucha como un recluta alistado por fuerza; no sirve como un mercenario por su paga; no se precipita cual aventurero en empresas que no le conciernen; podría, si quisiera, pasarse al enemigo. Pero ¡no! Libre, fiel á sus deberes, impulsado por nobles y caballerescos sentimientos, prefiere combatir en

(1) Milton, *Paradise lost*, II, 45, 127 y sig.

vez de su Señor, evitándole la lucha. ¡Qué dignidad la suya, cuando, aunque herido, permanece de pie, firme como un muro, en la persuasión de que, sólo hollando su cadáver, avanzará el impío contra Dios, y de que ha quebrantado el poder del mal en su asalto contra el orden divino! ¡Qué triunfo, poder celebrar como propia la fiesta triunfal de Dios!

9. Cómo el mal contribuye á la belleza del conjunto.—De lo dicho se infiere que hasta el pecado contribuye á la belleza moral.

Claro está que eso no quiere decir, como cuentan que pretendió Leibnitz, que para hacer al mundo mejor, sea el mal condición indispensable; ⁽¹⁾ y decimos: cuentan que pretendió, porque se nos hace difícil creer que un hombre de tan alta inteligencia haya exagerado hasta ese punto lo que hay en ello de verdad. Estaba reservado á la estética moderna decir que la suciedad y el vicio procuran el verdadero goce artístico.

Pero jamás podrá lo feo ser considerado como fuente de belleza. Nadie pretenderá que, para ser bella, necesite la música de esas disonancias chillonas, de esas complicaciones y de esas violencias que nos atacan los nervios y con que somos ahora atormentados. Para gozar de un agradable acorde durante un segundo, no hace falta que nos dejemos fustigar una hora entera por todas las furias con rabia digna de Aquiles, con demencia de bacantes, con desesperación semejante á la del conde Ugolino! Precisamente en la música más sencilla, en los cantos populares, en el ritmo digno y sublime de los antiguos maestros, en las sencillas y graves melodías de la verdadera música de iglesia, puede cada cual hacer la experiencia de que la música es tanto más capaz de satisfacer y elevar el espíritu, cuanto menos artificios y sobrecitación contiene. La *Madonna de San Sixto* de Rafael, el *Paraíso* y la *Coronación de la Virgen* de Fra Angélico no presentan más que imágenes llenas de devoción y de pureza, de una gracia y

(1) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 172 y sig.

dignidad serenas. ¿No está resuelto allí el problema de la belleza? ¿Cómo, pues, pretender que la disonancia y la fealdad sean indispensables para lo bello?

Sin embargo, justo es que un maestro sabio emplee también la disonancia para favorecer sus designios, ⁽¹⁾ y que la reflexión en el manejo de los negocios se eche de ver con más claridad cuando hay oposición. La paciencia, el amor, la omnipotencia de Dios, no necesitan del pecado para gloriarse ante los hombres; pero indudablemente esos atributos resplandecen con nuevo brillo cuando le vemos por fin triunfar del mal conjurado contra él. Los navegantes saben que la fúlgida estrella polar no sufre ninguna alteración por las tempestades que á veces la ocultan á sus miradas; y, sin embargo, parece más bella cuando se presenta de nuevo victoriosa de las nubes. Aun más alto que las estrellas está Dios sobre las tempestades del pecado; no necesita del pecador; ni tiene por qué temerle; el mal ni le sirve ni puede dañarle, ni podría afectarle con toda su rabia. Cuanto más grande es el tumulto y más furiosas las olas, cuanto más saltá hacia el cielo su espuma, y más se conmueve la tierra con su choque, tanto más se pulverizan y caen de nuevo impotentes. Así también se muestra en la tempestad más espléndido el poder de Dios. Ninguna perfidia bastaría para vencer su fidelidad, ninguna impureza para empañar su hermosura, ninguna rebelión para alterar su paz.

10. Condescendencia incomprensible de Dios y honor para el hombre de poder participar en la realización de los planes divinos.—Si Dios nada tiene que temer del mal, tampoco necesita el auxilio de los que se consagran al servicio del bien. Sin embargo, en su bondad se complace Dios en ejecutar sus obras mediante las criaturas, abstracción hecha de algunos raros casos milagrosos.

Verdad es que nosotros llamamos milagro únicamente á lo que se produce por la intervención directa de Dios contra el ordinario curso de los hechos; pero si examinamos

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 11, 23, 1.